

V Domingo de Pascua

2 de mayo de 2021

- **Hch 9, 26-31.** Él les contó cómo había visto al Señor en el camino.
- **Sal 21.** El Señor es mi alabanza en la gran asamblea.
- **1 Jn 3, 18-24.** Este es su mandamiento: que creamos y que nos amemos.
- **Jn 15, 1-8.** El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos.».

(Juan 15, 1-8)

1. Desde la Palabra de Dios

Si el cuarto domingo de Pascua escuchábamos de labios de Jesús «**Yo soy** el Buen Pastor», hoy nos dice «**Yo soy** la Vid». Jesús hace suyo el nombre de Dios, pero no solo como una “autodefinición”, sino sobre todo como un modo de ser **en relación con los demás**. Desde el misterio de la Encarnación Dios —Yo soy el que soy— no se entiende a sí mismo si no es dando la vida —como el Pastor por las ovejas— y dando vida —como la Vid a los sarmientos—.

La alegoría de la vid es muy común en la tradición profética de Israel. Servía para designar al pueblo de Israel, como pueblo elegido por Dios (ver: Sal 80; Is 5; Jer 2, 21-22; Ez 19, 10-12). En boca de Jesús, esta alegoría afirma que Él es la verdadera viña. Que el verdadero pueblo ya no es Israel, sino la comunidad fundada por Jesús: A ella son llamados todos los humanos. La pertenencia a esta comunidad de Jesús no depende de una herencia por la sangre, sino de la participación en la vida de Jesús.

Jesús es la vid que el Padre cuida con esmero y dedicación. Dos acciones se le atribuyen al Padre: corta las ramas que no dan fruto y poda las ramas fructíferas, para que den más fruto.

El Padre poda a los que ama. Corta nuestros brotes malignos: soberbia, avaricia, lujuria, comodidad, pereza, etc. El Padre nos poda por medio de los demás: amigos, pobres, desconocidos... Nos poda a través de los que nos critican, de los que siembran la injusticia y hacen sufrir al prójimo. Somos podados por medio de las cruces que la vida y los demás nos ponen encima. E incluso nosotros mismos debemos intervenir en nuestra propia poda. El seguimiento de Jesús exige renuncia: «si

alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz, y me siga» (Mt 16, 24).

Vivimos en un mundo que nos arrastra a dos primacías peligrosas: tener antes que ser y hacer antes que estar. No se trata de tener muchas cosas, ni de hacer muchas cosas por los demás. Todos tenemos la experiencia, especialmente en el ámbito de las personas mayores, que se agradece mucho más que una persona permanezca a nuestro lado que si hace muchas cosas por nosotros. En la vida de la fe ocurre lo mismo: Jesús no quiere que hagamos muchas cosas por Él, sino que permanezcamos en él como el sarmiento permanece unido a la Vid.

La unión con Jesús es necesaria para que las ramas produzcan frutos. El sarmiento no puede producir fruto por sí mismo. Es absolutamente necesario que esté unido al tronco de la viña, que es Jesús. El cristiano debe permanecer siempre unido a Jesucristo. De lo contrario, su vida será un fracaso. El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la conservará. Pues, ¿de qué le sirve a uno ganar todo el mundo, si pierde su vida? (Mt 16, 25-26).

Para que circule la savia por todas las ramas, es totalmente necesario que éstas estén unidas al tronco. El cristiano y la comunidad darán fruto si están unidos al mismo Jesús. La vid y los sarmientos forman un todo. El verdadero dinamismo cristiano se muestra en la permanencia del creyente con Jesús.

Los efectos del sarmiento que está unido a la vid son: producir mucho fruto (v. 5); pedir con confianza y el Señor lo concederá (v. 7); dar gloria al Padre y manifestarse como discípulos de Jesús (v. 8); el Padre ama a los que permanecen con Jesús.

Jesús nos recomienda, en definitiva: Permaneced en mi amor (v. 9). La actividad del cristiano será estéril para la vida verdadera, si no está unido a Jesús.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La Palabra de Dios, también este quinto Domingo de Pascua, continúa indicándonos el camino y las condiciones para ser comunidad del Señor Resucitado. El pasado Domingo se puso de relieve la relación entre el creyente y Jesús Buen Pastor. Hoy el Evangelio nos propone el momento en el que Jesús se presenta como la vid verdadera y nos invita a permanecer unidos a Él para llevar mucho fruto (cf. Juan 15, 1-8). La vid es una planta que forma un todo con el sarmiento; y los sarmientos son fecundos únicamente cuando están unidos a la vid. Esta relación es el secreto de la vida cristiana y el evangelista Juan la expresa con el verbo «permanecer», que en el pasaje de hoy se repite siete veces. «Permaneced en mí» dice el Señor; permanecer en el Señor.

Se trata de permanecer en el Señor para encontrar el valor de salir de nosotros mismos, de nuestras comodidades, de nuestros espacios restringidos y protegidos, para adentrarnos en el mar abierto de las necesidades de los demás y dar un respiro amplio a nuestro testimonio cristiano en el mundo. Este coraje de salir de sí mismos y de adentrarse en las necesidades de los demás, nace de la fe en el Señor Resucitado y de la certeza de que su Espíritu acompaña nuestra historia. Uno de los frutos más maduros que brota de la comunión con Cristo es, de hecho, el compromiso de caridad hacia el prójimo, amando a los hermanos con abnegación de sí, hasta las últimas consecuencias, como Jesús nos amó. El dinamismo de la caridad del creyente no es fruto de

estrategias, no nace de solicitudes externas, de instancias sociales o ideológicas, sino del encuentro con Jesús y del permanecer en Jesús. Él es para nosotros la vida de la que absorbemos la savia, es decir, la «vida» para llevar a la sociedad una forma diferente de vivir y de brindarse, lo que pone en el primer lugar a los últimos.

Cuando somos íntimos con el Señor, como son íntimos y unidos entre sí la vid y los sarmientos, somos capaces de dar frutos de vida nueva, de misericordia, de justicia y de paz, que derivan de la Resurrección del Señor. Es lo que hicieron los santos, aquellos que vivieron en plenitud la vida cristiana y el testimonio de la caridad, porque eran verdaderos sarmientos de la vid del Señor. Pero para ser santos «no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos [...] Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (Gaudete et Exsultate, 14). Todos nosotros estamos llamados a ser santos; debemos ser santos con esta riqueza que recibimos del Señor resucitado. Cada actividad —el trabajo, el descanso, la vida familiar y social, el ejercicio de las responsabilidades políticas, culturales y económicas— cada actividad, pequeña o grande, si se vive en unión con Jesús y con actitud de amor y de servicio, es una ocasión para vivir en plenitud el Bautismo y la santidad evangélica.

Que nos sea de ayuda María, Reina de los santos y modelo de perfecta comunión con su Hijo divino. Que nos enseñe Ella a permanecer en Jesús, como sarmientos a la vid y a no separarnos nunca de su amor. Nada, de hecho, podemos sin Él, porque nuestra vida es Cristo vivo, presente en la Iglesia y en el mundo.

(Papa Francisco. 22/04/2018)

3. Desde el fondo del alma

QUIERO SER COMO UN SARMIENTO UNIDO A LA VID

Tú, Cristo, tú eres la vid y nosotros los sarmientos, qué belleza el Sarmiento unido a la vid,... porque sin ti, Cristo, no puedo hacer nada.

Hay una historia de amor y otra de desamor, deja que muera el desamor para que la historia de mi vida unida a la tuya, Cristo, sea una historia de amor y de salvación.

La Iglesia son muchos sarmientos unidos a la vid, la vid crece y los sarmientos dan racimos de uvas, comunidades de amor unidas a su Señor, uvas más verdes y otras más maduras, depende del tiempo que el Sarmiento lleva unido a la vid.

Quiero ser como un Sarmiento unido a la vid, Sarmiento que al dar fruto se poda para que dé más, la ascética, el esfuerzo personal, el ejercicio de la voluntad en el sacrificio hace posible grandes racimos de uva jugosa que al ser pisada se convertirá en vino.

Vino que al ser consagrado se transforma en la Sangre de Cristo, Sangre derramada para el perdón de los pecados, por eso mi Señor quiero beber de tu cáliz cada día, para configurarme cada día más a ti, para ser otro Cristo que da vida en abundancia.

Y así, el sacerdote se hace pan con Cristo y vino con él, Cuerpo y Sangre, y lo ofrece «Tomad y comed, tomad y bebed», y al ofrecerlo al Pueblo de Dios, se ofrece con él.

Haz Jesús, que yo sea tu Sarmiento y nunca me separe ti, tú la Vid verdadera, solo el amor une mi corazón al tuyo, solo el amor une tu corazón al mío, y así se cumplen tus palabras: «permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros». Amén.

(Pbro. Lázaro Albar Marín)